

**FUENTES**

**SAN BASILIO**  
**(CARTA A SU AMIGO GREGORIO)**

*Noticia biográfica*

San Basilio, apellidado el Grande por los griegos, fue en el siglo IV el gran obispo de Cesarea, pero antes, siguiendo los consejos de Macrina su hermana, abandono la ciencia del mundo y se dio a la reforma de su vida.

Para ello, durante dos años después de su bautismo, recorrió el Oriente para estudiar la vida monástica. Visito los monasterios de Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia en busca de padres y guías para su alma.

Regresando luego a la región del Ponto, se estableció a las puertas de Neocesarea, en un lugar apartado y agreste, donde se le agregaron varios cristianos deseosos de entregarse a la vida ascética, formándose así un monasterio.

Allí escribió Basilio a su gran amigo Gregorio Nacianceno la carta II que traducimos mas abajo y que es como un primer esbozo de su Regla.

Reproduce, al parecer, los consejos que daba a sus discípulos.

Después de haber vivido cinco años como monje, fue ordenado sacerdote por Eusebio (364) de quien fue enseguida un auxiliar valioso e insustituible hasta que en 370 lo sucedió en esa sede. Durante toda su carrera y sobre todo durante su episcopado, fue el abogado de todas las miserias, y aparece como uno de los más grandes organizadores de la caridad católica, propagando albergues, hospicios, hospitales.

Durante toda su vida luchó contra el arrianismo y después de la muerte del obispo san Atanasio fue el más insigne defensor de la fe de Nicea.

Cuando con la muerte de Valente (378) se estableció en oriente la paz religiosa, Basilio, cumplidas todas sus esperanzas pudo -terminada su carrera- entrar en el gozo de su Señor el 1º de enero de 379.

***CARTA II - a su amigo Gregorio***<sup>44</sup>

1. He reconocido tu carta como aquellos que reconocen a los hijos de sus amigos por el parecido con sus padres. En efecto, decir que la disposición del lugar no es suficientemente importante como para inspirar a tu alma alguna intención de compartir nuestra vida, antes de enterarte un poco acerca de nuestras costumbres y de la manera como pasamos el tiempo, era expresar un

---

<sup>44</sup> Traducción del francés por: Sor Paula Debussy, osb. Abadía de Santa Escolástica Victoria. Bs.As. Argentina. Versión castellana confrontada con el texto griego de la edición bilingüe de las *CARTAS* de san Basilio, Asociación Guillaume Budé, Paris 1957.

pensamiento muy tuyo, un pensamiento de tu alma que establece como principio que todo es nada acá abajo comparado con la inmensa felicidad que nos tienen reservadas las promesas.

En cuanto a lo que yo hago noche y día en este lugar apartado, me avergüenzo de escribirlo.

He dejado las ocupaciones de la ciudad considerándolas causa de mil males, y no he podido aun dejarme a mí mismo.

Me asemejo a aquellos que, en el mar, se desesperan por las náuseas que padecen porque no tienen costumbre de navegar a causa de los enormes saltos que da. Se irritan por el tamaño del navío, y pasan de él a una barquilla o a un navío ligero, pero en todas partes tienen náuseas y no saben qué hacer, pues su malestar y su bilis cambian de lugar junto con ellos.

Nuestro caso es parecido. Padeciendo siempre nuestras disposiciones íntimas, nos encontramos siempre con los mismos inconvenientes, hasta el punto que ningún provecho serio hemos sacado de esta soledad.

Entre tanto, lo que se hubiera debido hacer y nos habría permitido seguir los pasos de Aquel que ha mostrado cuál es el camino de la salvación es esto:

“Si alguien quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

2. Es menester esforzarse por mantener el espíritu tranquilo. Así como el ojo que no cesa de posarse aquí y allá, que sin cesar mira hacia arriba y hacia abajo, no puede ver con claridad los objetos, sino que debe detenerse en ellos para verlos con nitidez, del mismo modo el espíritu del hombre, cuando está distraído por los mil cuidados del mundo no puede encontrar el medio de fijarse netamente en la verdad. Al que no está casado, deseos furiosos, instintos desenfrenados y ciertos amores criminalmente amorosos lo turban profundamente; a aquel que ya está unido en matrimonio, le espera un tumulto de preocupaciones de otro género: si no tiene hijos, es el deseo de tenerlos; si tiene hijos, es la preocupación de su educación; es la vigilancia de la mujer, el cuidado de la casa, la dirección de los sirvientes, las pérdidas en los contratos, los conflictos con los vecinos, las querellas en el tribunal, los riesgos del comercio, las fatigas del cultivo de los campos.

Cada día llega con su oscuridad particular para el alma, y las noches se apoderan de los cuidados del día, y distraen el espíritu en las mismas imágenes.

De todas estas cosas hay una sola huida: separarse del mundo por completo.

Ahora bien, retirarse del mundo no es salir de él corporalmente, sino romper los lazos de simpatía que unen el alma al cuerpo, es estar sin cuidados, sin casa, sin bienes propios, sin amistades, sin posesiones, sin medios de vida, sin negocios, sin contratos, sin deseo de ser instruido con conocimientos humanos, dispuesto a recibir de todo corazón las huellas que en él marcan las lecciones divinas.

Pero la preparación del corazón es el olvido de las enseñanzas que se habían posesionado de él como consecuencia de un mal hábito.

En efecto, tan imposible es escribir en la cera si no se ha borrado previamente los caracteres que en ella se encontraban grabados, como confiar al alma las instrucciones divinas si no se han hecho a un lado las ideas que la costumbre había establecido en ella.

Precisamente para este trabajo nos procura la soledad gran ventaja, adormeciendo nuestras pasiones y dejando a la razón en libertad para que el alma pueda desasirse de ellas.

Así como los animales salvajes son fácilmente vencidos con caricias, así los deseos, la cólera, las tensiones y las tristezas, esos animales venenosos y malos del alma, si se los duerme por la no violencia, en vez de exasperarlos por la continua excitación, son mas fácilmente vencidos por el poder de la razón.

Sea el lugar tal como lo es precisamente el nuestro, libre de la promiscuidad de los hombres, para que nada venga de afuera a interrumpir la continuidad de la ascesis. Este ejercicio de la piedad nutre el alma de pensamientos divinos.

¿Que mayor felicidad que imitar en la tierra el coro bienaventurado de ángeles: levantarse para la oración al comenzar el día y honrar al Creador con himnos y cánticos; luego cuando brilla ya el sol con su luz pura, ir al trabajo, acompañado en todas partes por la oración y sazonar por decirlo así su trabajo con la sal de los himnos?

Establecer el alma en la alegría y eximirla de tristezas, he ahí el beneficio que procuran los consuelos de los himnos.

La tranquilidad es pues para el alma, comienzo de la purificación: cuando la lengua no habla de las cosas humanas, los ojos no revolotean para ver los hermosos colores y las bellas proporciones de los cuerpos, el oído no rebaja la energía del alma por el encanto de melodías compuestas para el placer, ni por las ocurrencias de bufones y cómicos, todo lo cual contribuya sobremanera a aflojar la energía del alma.

En efecto, el espíritu que no se dispersa hacia lo exterior, que no se vuelca hacia afuera por los sentidos, se vuelve hacia el interior y por si mismo eleva el pensamiento a Dios; entonces brillante y resplandeciente con la belleza de Dios, encuentra el olvido de su propia naturaleza: ni preocupación por el alimento, ni preocupación por el vestido distraen su alma, sino que, como se desentiende de las preocupaciones terrenas, vuelca todo su celo en la adquisición de los bienes eternos.

Que bien realizara este la templanza y la fortaleza, la justicia y la prudencia, así como las otras virtudes en que ellas se subdividen, como otros tantos géneros, y que sugieren al hombre de buena voluntad que cumpla como conviene cada uno de los actos de vida.

3. El camino real que lleva al descubrimiento del deber es la meditación de las Escrituras inspiradas. Allí se encuentran las reglas de conducta; y las vidas de los bienaventurados que la Escritura nos ha trasmitido son como imágenes animadas de una vida según Dios y propuestas a nuestra imitación en sus buenas obras.

Así pues, cada uno se aplica a estudiar el punto en que se sabe deficiente, y como en un hospital publico, encuentra el remedio que conviene a su enfermedad.

Quien esta prendado de la castidad, lee y relee la historia de José y de él aprende la practica de la castidad al verle no solamente Guardando la continencia frente al placer, sino establecido en dicha virtud.

Junto a Job se hace valiente y animoso. Este hombre, cuando su vida dio 'un vuelco' para tomar la dirección contraria, cuando, por un revés de fortuna, se volvió pobre después de haber sido rico, y privado de sus hijos, después de haber tenido una hermosa descendencia, no solamente se mantuvo igual a sí mismo y conservo siempre su grandeza de alma sino que, cuando sus amigos, que habían venido para consolarle, se pusieron a insultarle y se unieron para aumentar su dolor, ni siquiera se irritó.

Y si alguien se pregunta cómo podría ser al mismo tiempo manso y magnánimo para poder servirse de su coraje contra el pecado y de su mansedumbre con respecto a los hombres,

encontrara a David, valiente en sus hechos de guerra y dulce y sereno contra sus enemigos.

Así fue también Moisés, grande de corazón, indignándose con aquellos que pecaban contra Dios y soportando con mansedumbre las calumnias de que era objeto.

En todos los casos, como los pintores cuando copian un cuadro, frecuentemente miran el modelo y se esfuerzan por copiar los rasgos en su propia obra, así el hombre que se aplica al trabajo de perfeccionarse en toda virtud, debe posar la mirada en la vida de los santos como en estatuas que se mueven y obran, y por la imitación hacer suyo el bien que es de ellos.

4. A su vez, las oraciones que suceden a las lecturas, encuentran al alma más joven y más alerta pues ha sido sacudida por el deseo de Dios. Es hermosa la oración que imprime en el alma una idea clara de Dios, y eso es alojar a Dios: tener, por el recuerdo, a su Dios instalado en sí.

Así llegamos a ser templo de Dios cuando las inquietudes terrenas no interrumpen la continuidad de este recuerdo, cuando las emociones imprevistas no turban el espíritu, y huyendo de todas las cosas, aquel que ama a Dios se retira cerca de Dios, ahuyenta los deseos que nos invitan al mal y se aplica a las prácticas que llevan a la virtud.

5. Ante todo conviene tener el firme propósito de no ignorar el uso que se debe hacer de la palabra, preguntar sin espíritu de disputa y responder sin el deseo de ser admirado, no interrumpir a su interlocutor cuando dice una palabra útil ni desear hacer de su discurso ostentación, fijarse una medida para hablar y para escuchar, aprender sin vergüenza, instruirse sin envidia, y si se ha aprendido algo de otro, no esconder el origen de la ciencia, como las mujeres de mala vida que hacen pasar por legítimo a los hijos que no lo son, sino proclamar con desinterés quién es el padre de esta palabra.

En cuanto a la voz, hay que emitirla en tono medio, de manera que ni la demasiada debilidad de la voz impida ser oídos ni su demasiada potencia fatigue y sólo cuando se ha examinado bien lo que uno se propone decir, se debe hacer oír su palabra.

Se debe ser afable en los encuentros, dulce en las conversaciones; no buscar la simpatía con bromas sino con la acogida amable.

En toda circunstancia debe rechazarse la rudeza aun cuando haya que hacer un reproche.

En efecto, si te rebajas primero por humildad, serás fácilmente aceptado por aquel que necesita tus cuidados.

A menudo nos resulta provechosa la manera de condenar del profeta, que no impuso en nombre propio a David pecador la fórmula de condenación, sino que se sirvió de una suposición de persona para erigirlo en juez de su propio pecado; de suerte que, habiendo pronunciado de antemano el juicio que caería sobre él, nada podía reprochar al hombre que lo había avergonzado.

6. Lo que acompaña al sentimiento de humildad y bajeza son los ojos tristes y bajos, un aspecto y una cabellera descuidados, un vestido sórdido.

De modo que lo que por razón de las convenciones sociales hacen los que están de duelo, las manifestamos nosotros al exterior, espontáneamente.

Que la túnica esté sujeta al cuerpo por un cinturón, que este cinturón no esté cosido ni encima de las caderas (sería afeminado) ni tan flojo que permita flotar a la túnica, lo cual sería señal de molicie; que el andar no sea desganado, acusando así un alma relajada; pero tampoco impetuoso y arrogante, haciendo, entrever los ímpetus insensatos de esta alma.

El único fin del vestido es ser abrigo, suficiente para el cuerpo en invierno y en verano.

Que no se procure ni los colores floridos ni los tejidos finos y suaves.

Buscar en el vestido los hermosos colores es para el hombre lo que para la mujer procurar belleza mediante afeites en las mejillas o adornos en los cabellos.

Además la túnica debe ser lo suficientemente espesa para que quien se reviste de ella no necesite accesorio para abrigarse.

Que el calzado sea de poco precio pero capaz de cumplir su misión.

Para decirlo en pocas palabras, así como para el vestido conviene atenerse sobre todo a lo útil, del mismo modo en lo que atañe al alimento: el pan satisfará las necesidades y el agua apagará la sed del hombre en buena salud; a esto se debe agregar todas las comidas preparadas con legumbres y que pueden conservar el vigor del cuerpo suficientemente gozoso.

Hay que comer sin demostrar glotonería furiosa, sino conservando siempre la calma, la mansedumbre y la moderación en los placeres; y aún entonces mientras se come, se ha de cuidar que el espíritu inactivo no permanezca lejos del pensamiento de Dios, por el contrario, de la naturaleza misma de los alimentos y de la estructura del cuerpo que los recibe hay que tomar la ocasión para glorificar a Dios: es suficiente el considerar como las diferentes especies de alimentos adaptados a las constituciones de cada uno han sido concebidas por Aquel que todo lo dirige.

Las comidas están precedidas por la oración, para que nos tornemos dignos de los dones de Dios, tanto de los que nos concede al presente como de los que reserva para el porvenir. La oración siga también a la comida, oración de acción de gracias por lo que ha sido dado y de petición de lo que ha sido prometido.

Sea asignada a la comida una sola hora, la misma regularmente, de suerte que de las 24 del día y de la noche, solamente ésta sea acordada al cuerpo; durante todas las demás el asceta debe estar enteramente ocupado en el trabajo espiritual.

El sueño sea ligero, fácil para despertar, en conformidad con la austeridad del régimen y pueda ser interrumpido a voluntad, por la preocupación de las grandes cuestiones.

Dejarse apresar por un profundo sopor y dejar a sus miembros en libertad de suerte que se dé libre campo a fantasías extravagantes, es establecerse en una muerte cotidiana.

Para los que se ejercitan en el aprendizaje de la piedad, la media noche debe ser lo que es el alba para los demás pues la calma de la noche es lo que proporciona solaz al alma; en ese momento ni los ojos ni los oídos llevan hasta el corazón las palabras y los espectáculos nocivos y el espíritu solo y recogido en sí mismo se une a Dios, se corrige por el recuerdo de sus faltas, se impone límites para evitar el mal, y procura obtener el concurso de Dios para realizar la tarea a la que aplica sus esfuerzos.